



OSCURO
ABRAZO

Brenda Joyce

elit

elit

OSCURO ABRAZO
BRENDA JOYCE



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2002 Holly Fuhrmann
© 2022 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Oscuro abrazo, n.º 351 - agosto 2022
Título original: Dark Embrace
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-1141-049-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Éste es para todos los que habéis apoyado mi nueva serie, Los Maestros del Tiempo, con un entusiasmo tan increíble. ¡Gracias!

De nuevo debo dar las gracias de todo corazón a Laurel Letherby, sin la cual estaría perdida en todos los sentidos. También quiero dar las gracias a mi editora, Miranda Stecyk, por su labor y, especialmente, por su corrección del manuscrito, la mejor que me han hecho nunca. ¡Sigue cortando, por favor!

Prólogo

Lago Awe, Escocia, 1436

—¿Eres un highlander sin clan, sin otro padre que un engendro de Satanás, y aun así luchas por conseguir tierras? No son tierras lo que necesitas, Lismore —le espetó Argyll—. Necesitas un padre y un alma.

Aidan de Awe temblaba de rabia. El valle que tenía detrás estaba cubierto de muertos y agonizantes. Su rival del clan Campbell tiró de las riendas de su caballo y sonrió ferozmente, consciente de que ese día había asestado el golpe final. Después, se alejó al galope, hacia el ejército en retirada.

Aidan respiraba trabajosamente. Sus ojos azules brillaban. Su aliento cálido quedaba suspendido del frío aire invernal como el humo de las fogatas del campamento. Ignoraba si Argyll había hablado premeditadamente o no. Todo el mundo sabía que él, Aidan, era un bastardo, nacido de una violación ignominiosa. Aun así, cuando vivía su padre, era el favorito del rey y el Defensor del Reino. Era consciente de que podía repasar cien veces las palabras de Argyll sin llegar a saber si su oponente conocía la negra verdad sobre el conde de Moray. En aquellos tiempos oscuros y sangrientos, sólo los hombres más necios podían vivir ajenos a la guerra entre el bien y el mal que assolaba el

mundo, y Campbell no era ningún necio. Quizá conociera lo que los Maestros y los dioses trataban en secreto.

Se volvió para mirar a los últimos combatientes. El jubón empapado se pegaba a su cuerpo musculoso. Todos sus hombres eran highlanders y casi todos ellos habían luchado a pie, con anchas y largas espadas, dagas y picas. Estaban sucios, cansados, ensangrentados... y le eran leales. Esa jornada, muchos habían dado su vida por él. Su sangre y la de los Campbell teñía de rojo la nieve.

Aidan tomó las riendas de su cabalgadura. Sus hombres volvían del valle caminando trabajosamente, con las grandes armas terciadas al hombro, los heridos ayudados por sus compañeros. Aun así, todos sonreían y lo saludaban al pasar. Él les hablaba o los saludaba inclinando la cabeza, uno por uno, para que todos supieran cuánto agradecía su fuerza y su valor.

Se levantaron las tiendas y se encendió lumbre para cocinar. Aidan acababa de entregar su caballo a un ilusionado muchacho de las Tierras Altas cuando sintió un estremecimiento de alarma. Aquella emoción procedía de muy lejos, pero su vibración lo recorrió por entero.

En ese instante comprendió que el miedo que sentía provenía de su hijo, que estaba a salvo, en casa.

O eso pensaba él.

Concentró sus siete sentidos en Ian. Su hijo seguía en el castillo de Awe, donde él lo había dejado.

Aidan no vaciló. Se disolvió en el tiempo.

Tardó un instante en trasladarse a través del tiempo y el espacio hasta el castillo de Awe. El salto le hizo cruzar bosques de pinos cuyas ramas arañaron su piel y pasar por cumbres rocosas y nevadas, por blancas estrellas y soles brillantes, con una fuerza y una velocidad tan arrolladoras que sintió deseos de gritar. La velocidad amenazaba con desgarrar su cuerpo miembro a miembro y hacer jirones su piel. Pero llevaba años saltando en el tiempo, desde que había sido elegido, y había aprendido a soportar aquel

tormento. Ahora sólo pensaba en que el mal acechaba a su hijo, y su determinación eclipsaba el dolor.

Aterrizó en la torre norte y cayó a gatas, tan fuerte que sintió que sus rodillas y sus muñecas se quebraban. El aposento giraba vertiginosamente mientras intentaba orientarse.

Todo seguía dándole vueltas cuando sintió acercarse una inmensa presencia maligna, un poder tan inmenso y tan oscuro que temió levantar la vista.

Pero aquella maldad iba acompañada de la rabia y el miedo de Ian.

Levantó la cabeza, cada vez más horrorizado.

En la puerta de la estancia había un hombre gigantesco sujetando al pequeño Ian, el cual forcejeaba sin cesar.

Su padre no estaba muerto. Moray había regresado.

Aidan se levantó de un salto, con los ojos abiertos de par en par por el horror.

El conde de Moray le sonrió. Sus dientes blancos centellearon.

—*Hallo a Aidan.*

Aidan miró a su hijo. Ian no se parecía a su madre, que había muerto al dar a luz. Era exactamente igual que su padre: de tez dorada y vívidos ojos azules, de bellas e impecables facciones y cabello oscuro. Tardó un momento en comprender que Ian no estaba herido... aún. Luego miró al hombre que había seducido, violado y torturado a su madre: el deamhan que, desde hacía mil años, acechaba a los Inocentes de todo el mundo.

Vestido de cortesano, con largo manto de terciopelo púrpura y oro, era rubio, guapo y de ojos azules. No parecía tener más de cuarenta años.

—He decidido que era hora de conocer a mi nieto —murmuró Moray en un inglés intachable.

Aidan tembló. Nueve años atrás, su padre había sido derrotado en Tor, en las islas Órcadas. Su medio hermano, Malcolm, y la esposa de éste, Claire, habían decapitado a

Moray tras una gran batalla, pero sólo con ayuda de los dioses. El mal no podía vivir sin un cuerpo de carne y hueso, aunque se rumoreaba que la energía demoníaca más poderosa era inmortal. Aidan nunca había creído, en realidad, que su padre hubiera muerto. En el fondo, sospechaba que algún día volvería. Y tenía razón.

—Sí, estoy vivo —dijo Moray suavemente, mirándolo a los ojos—. ¿De veras creías que podían destruirme?

Aidan respiró hondo, preparado para una batalla descomunal. Moriría por salvar a su hijo de las garras de Moray.

—Suelta a Ian. Haré lo que quieras.

—Ya sabes lo que quiero, hijo mío. Te quiero a ti.

Naturalmente. Nada había cambiado. Moray deseaba convertirlo en su mayor deamhan, en un soldado casi inmortal, en un agente de muerte y destrucción.

—Haré lo que desees —mintió Aidan. Mientras hablaba, lanzó a Moray una ráfaga del poder que le habían concedido los dioses.

Pero los dientes de su padre brillaron en una sonrisa regocijada, y detuvo sin esfuerzo la oleada de energía. Un instante después, de sus manos brotó un rayo plateado y Aidan salió despedido y fue a estrellarse contra la pared del fondo de la estancia. El impacto lo dejó sin respiración, pero siguió en pie.

Un puñal apareció en la mano de Moray. Lo deslizó por la oreja de Ian.

Aidan gritó al ver correr la sangre por el blanco jubón de su hijo.

—¡Basta! —rugió—. ¡Haré lo que quieras!

Ian se sujetó la cabeza, sollozando de dolor. Moray le sonrió y empujó el trozo de oreja por el suelo con la afilada punta de su zapato.

—¿Quieres quedártela?

Aidan tembló de ira.

—Obedéceme y no sufriré —añadió Moray con voz suave.

—Deja que detenga la hemorragia —Aidan tenía poderes curativos. Se adelantó a recoger el trozo de oreja. Podía volver a pegarlo, conseguir que curara.

Moray sujetó con más fuerza a Ian y el chico gimió.

—No hasta que me des una prueba.

Aidan se detuvo.

—Primero curaré a Ian.

—¿Te atreves a hacerme exigencias?

En ese instante, Aidan comprendió que, a no ser que llegara algún Maestro que pudiera ayudarlo, lucharían a muerte.

—No viene nadie —dijo Moray, riendo—. He bloqueado tus pensamientos. Nadie sabe que estás sufriendo.

Aidan lo creyó.

—Dime qué he de hacer para liberar y curar a mi hijo.

—No, padre —sollozó Ian con los ojos azules muy abiertos.

—Calla —le dijo Aidan con firmeza, mirándolo a los ojos.

Ian asintió con la cabeza, próximo a las lágrimas.

—La aldea que hay al pie de Awe. Destruyela.

Aidan se quedó inmóvil.

Moray comenzó a avanzar hacia él con una sonrisa.

Aidan cobró conciencia de que su corazón latía con violencia, lento y firme, lleno de temor. Conocía a todos los vecinos de la aldea. Comerciabán con el castillo, con él, todos los días. Dependían de él para ganarse el pan y conservar la vida. El castillo defendía la aldea de cualquier ataque, y necesitaba su trabajo y sus mercaderías para mantenerse. Pero, lo que era más importante, Aidan había jurado ante los dioses proteger a los Inocentes.

No podía destruir toda una aldea llena de hombres, mujeres y niños.

Moray tomó el puñal y lo apoyó en la garganta de Ian. Comenzó a brotar sangre y el chico gimió, pálido.

Aidan saltó en el tiempo.

Aterrizó en el gran salón del castillo momentos antes. La enorme estancia giraba velozmente a su alrededor, pero vio a Ian allí. Su hijo conversaba tranquilamente con su mayordomo. De rodillas, Aidan intentó recuperar su poder y exclamó con voz ahogada:

—¡Ian! ¡Hijo! —tenía que impedir aquello, deshacerlo de algún modo. Las reglas estaban muy claras: ningún Maestro podía retroceder en el tiempo para cambiar el pasado, ¡pero esta vez él lo cambiaría!

Ni su hijo ni el mayordomo lo oyeron.

Aidan se levantó, estupefacto.

—Ian, ven aquí —dijo, pero su hijo tampoco lo oyó esta vez. Ian salió del vestíbulo y comenzó a subir las escaleras.

No podían verlo, ni oírlo.

Algo les había ocurrido a sus poderes.

Se negaba a creerlo. Corrió tras Ian por la estrecha y sinuosa escalera. En cuanto llegó al descansillo de arriba vio materializarse a Moray en el pasillo. Lo mismo que Ian, Moray no podía verlo. Aidan intentó golpearlo con su poder, pero nada salió de su mano, ni de su mente. Furioso y desesperado, vio que Moray se disponía a apoderarse de Ian e intentó golpearlo de nuevo, con el mismo resultado.

—¡Ian! —gritó, casi presa del pánico—. ¡Huye!

Pero Ian no lo oyó, y Moray tomó al niño entre sus brazos poderosos. Ian comenzó a forcejear y Aidan casi se echó a llorar al ver que Moray echaba a andar hacia la torre norte, arrastrando al muchacho de nueve años.

Corrió tras ellos. Se abalanzó contra Moray con intención de agredirlo, como haría un hombre corriente, pero un muro invisible apareció entre ellos y Aidan salió despedido hacia atrás por el pasillo.

¿Estaban interfiriendo los dioses? No podía creerlo.

Gritó de furia y se vio aparecer a sí mismo en la torre, de rodillas. Había otras reglas. Un Maestro no podía encontrarse consigo mismo ni en el pasado ni en el futuro.

La norma carecía de explicación. Temiendo moverse, Aidan se vio levantar la vista con espanto.

—*Hallo a Aidan* —le dijo su padre a su yo de hacía unos instantes—. He decidido que era hora de conocer a mi nieto.

¿Era por eso por lo que un Maestro no debía encontrarse nunca consigo mismo en otro tiempo?, ¿porque perdía sus poderes? Porque Aidan sólo podía quedarse allí, mirando, impotente ante el drama que se desplegaba ante sus ojos, el mismo drama que acababa de vivir.

—Sí, estoy vivo —dijo Moray con calma—. ¿De veras creías que podían destruirme?

—Suelta a Ian —dijo su yo anterior—. Haré lo que quieras.

—Ya sabes lo que quiero, hijo mío. Te quiero a ti.

Aidan se vio intentando golpear a Moray con una descarga de energía, y vio cómo el poder de Moray lo lanzaba volando hasta el otro extremo de la torre. Respiraba agitadamente, consciente de lo que sucedería a continuación. Antes de que Moray levantara el puñal, se abalanzó de nuevo hacia él.

Chocó contra aquel muro invisible y rebotó, retorciéndose de rabia y de angustia. El puñal cortó el lóbulo de la oreja de Ian. Ian sofocó un grito y Aidan se oyó a sí mismo rugir de rabia.

Y mientras el otro Aidan intentaba negociar con su demoníaco progenitor para curar a su hijo, una fuerza inmensa comenzó a arrastrarlo inexorablemente hacia el trío que formaban. Intentó detenerse, pero no pudo. Su otro yo tiraba de él velozmente.

Aidan se preparó para el impacto, sin saber qué ocurriría cuando su cuerpo entrara en contacto con su yo anterior.

—La aldea que hay al pie de Awe. Destruyela.

Pero no hubo impacto. Experimentó una fugaz sensación de vértigo y luego se encontró mirando a Moray, y a Moray mirándolo a él. Ya no era un espectador de aquel terrible

drama. Había retrocedido en el tiempo para evitar aquel momento, para cambiarlo, y ahora se hallaba frente a Moray. Había recorrido el círculo completo, hasta llegar al instante exacto en que había saltado.

No podía destruir una aldea entera, llena de hombres, mujeres y niños.

Moray tomó el puñal y lo apoyó contra la garganta de Ian. Brotó la sangre y el pequeño sollozó, palideciendo.

La mente de Aidan trabajaba a toda prisa. Había protegido sus pensamientos para que Moray no los acechara, pero no tenía poderes suficientes para cambiar el presente.

Se sentía enfermo.

—Suelta a mi hijo y destruiré la aldea —dijo con voz crispada.

—¡No, papá! —gritó Ian.

Aidan no lo miró.

Moray sonrió.

—Te daré al chico cuando hayas demostrado que eres hijo mío.

—Papá... —musitó Ian en tono de reproche.

Aidan lo miró y deseó gritar.

—No tardaré mucho.

—¡Moriré por ellos! —gritó Ian, forcejeando con ímpetu.

Moray tiró de él con expresión de furia y fastidio.

—El chico no me servirá de nada —dijo con aspereza.

—No lo necesitarás. Me tendrás a mí —contestó Aidan de corazón.

Cuando salió de la torre, tenía la impresión de que su alma ya había dejado su cuerpo. Se movía mecánicamente, pero su corazón latía con violencia y su estómago se retorció. Por primera vez en su vida sentía un miedo descarnado.

Bajó rápidamente y despertó a los cinco hombres que dormían en el salón, que echaron a andar con él.

Fuera había luna llena, el cielo estaba mortalmente negro y las estrellas brillaban con descaro. Despertó a otra veintena de hombres. Mientras ensillaban las monturas, fueron encendiendo antorchas. Uno de los hombres se acercó a él con expresión hosca y severa.

—¿Qué ocurre, Aidan?

Miró a Angus, negándose a contestar. Le llevaron su caballo, montó de un salto y dio orden a sus hombres de seguirlo.

Las tropas cruzaron la barbacana y pasaron por el puente helado, tendido sobre aguas refulgentes. Cuando llegaron a la aldea, a orillas del lago, Aidan se detuvo. Miró a Angus y dijo:

—Quemadla. No dejéis a nadie con vida. Ni a un solo perro.

No hizo falta que mirara a Angus para advertir su perplejidad. Se quedó mirando la aldea sin molestarse en repetir sus órdenes.

Un momento después, sus hombres comenzaron a galopar entre las casas, prendiendo fuego a los tejados de paja. Hombres, mujeres y niños salieron huyendo de las casas en llamas, gritando de temor. Sus hombres los persiguieron, uno por uno, y les dieron muerte a golpe de espada. La noche se llenó de gritos de terror. Aidan aquietaba a su inquieta montura, sin permitirle moverse. Sabía que tenía la cara mojada, pero se negaba a enjugarse las lágrimas. Tuvo presente la imagen de Ian hasta que la noche quedó en silencio, salvo por el siseo de las llamas y los sollozos de una sola mujer.

Su llanto cesó de pronto.

Los hombres de Aidan pasaron en fila a su lado, sin mirarlo.

Cuando se quedó solo, se apeó de su cabalgadura y comenzó a vomitar sobre la nieve, sin poder controlarse.

Al acabar, se irguió. Respiraba trabajosamente. Los gritos resonaban en su cabeza. Se recordó que al menos había

salvado a Ian. Y comprendió que jamás olvidaría lo que acababa de presenciar, lo que había hecho.

Oyó algo tras él.

Se irguió lentamente y se volvió.

Había una mujer entre los árboles. Lloraba en silencio y agarraba con fuerza la mano de un niño pequeño, aterrorizado. Miraba fijamente a Aidan. A él se le encogió el corazón. Desenvainó la espada y echó a andar hacia ellos.

La mujer no huyó. Abrazó a su hijo y se encogió contra el enorme abeto, con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué, mi señor? ¿Por qué?

Aidan sentía pegajosa la empuñadura de la espada. Pensaba levantarla. Dijo con voz ronca:

—Huid. Huid.

La mujer y el niño se adentraron corriendo en el bosque.

Aidan lanzó la espada al suelo y, apoyando los brazos en el árbol, escondió la cara en ellos. Ian... Tenía que salvar a Ian de Moray.

Sintió entonces una presencia aterradora tras él. Se giró, tensándose. Moray estaba allí. Agarraba todavía a Ian. Aidan vio refulgir la hoja del puñal.

—¡Dame a mi hijo!

Ian dejó escapar un sonido estrangulado.

Horrorizado, Aidan vio el puñal clavado en el pecho de Ian.

—¡No!

Moray sonrió, y los ojos de Ian quedaron en blanco, inermes. Aidan gritó y se abalanzó hacia él antes de que se desplomara. Pero cuando llegó a ellos, habían desaparecido.

Se quedó inmóvil un instante, lleno de estupor. Moray había matado a Ian.

La angustia comenzó a apoderarse de él, y con ella, una rabia que sobrepasaba todo cuanto había sentido hasta entonces. Aulló, llevándose las manos a la cabeza, y,

furioso, saltó de nuevo en el tiempo. No permitiría que Ian muriera.

Regresó a aquel momento, en Awe, en que había visto a Ian en el gran salón, con su mayordomo, pero de nuevo carecía de poderes y nadie lo veía ni lo oía. Intentó atacar a Moray, pero un muro invisible se alzaba entre ellos y el pasado se repitió minuciosamente. Vio, lleno de repulsión, cómo su yo anterior contemplaba, erguido sobre su caballo, la destrucción de toda una aldea llena de personas inocentes.

Y esa vez, cuando se vio a sí mismo descubrir a la mujer y al pequeño, se acercó corriendo.

—¡Hazlo! —le gritó a su yo—. ¡Tienes que hacerlo!

Pero el hombre que había sido en ese momento no levantó la espada.

—Huid. ¡Huid!

La mujer y el niño se adentraron corriendo en el bosque. Aidan se vio a sí mismo volverse para enfrentarse a Moray, que apretaba a Ian contra su pecho.

Y entonces aquella fuerza inmensa, sobrenatural, comenzó a tirar de él hacia el trío. Gritó, intentando avisar a Ian, a sí mismo, pero nadie lo oyó. Vio refulgir el puñal de plata.

La angustia era ahora aún mayor, pero también lo era la ira.

Cayó de rodillas, aullando, enloquecido, y volvió a saltar en el tiempo. Una y otra vez. Y cada vez sucedía lo mismo. Una aldea entera destruida por orden suya, una mujer y su pequeño huyendo, y Moray asesinando a Ian ante sus ojos y desvaneciéndose con su hijo muerto.

Por fin se dio por vencido.

Rugió y bramó, cegado por el dolor. Renegó del mal; renegó de los dioses. Estaba al pie de las murallas de Awe, aunque no recordaba haber regresado de la aldea. Luego, finalmente, el tejado de la torre que tenía encima se derrumbó. El ala entera del castillo comenzó a

desplomarse. Lloraba desgarradoramente mientras los muros de piedra llovían sobre él. Y cuando estuvo enterrado bajo los muros de su propio castillo, se quedó quieto y en silencio.

Y esperó la muerte.

1

El presente
Nueva York, septiembre de 2011

La despertó un rugido humano de dolor.

Brianna Rose se incorporó bruscamente, horrorizada por aquel sonido. Estaba lleno de rabia, de angustia e incredulidad. Después, la atravesó el dolor.

Se dobló en la cama, agarrándose a sí misma como si un cuchillo de carnicero le atravesara el pecho. Por un instante no pudo respirar. Nunca, en sus veintiséis años de vida, había sentido una congoja semejante. Jadeando, rezó por que cesara el dolor. Y luego, de pronto, cesó.

Pero en el momento en que aquel tormento se desvanecía de golpe, la imagen de un hombre bellissimo apareció como un fogonazo en su cabeza.

Comenzó a sentir entonces una tensión nueva y terrible. Se incorporó con cuidado, asombrada y trémula. Su *loft* estaba en silencio, salvo por el ruido de los coches y los taxis que pasaban por la calle, y el estrépito de los cláxones. Temblorosa, miró el reloj de la mesilla de noche. Era la una y diez de la madrugada. ¿Qué acababa de ocurrir?

Todas las Rose estaban dotadas para la empatía hasta cierto punto. Se suponía que la empatía era un don, pero con excesiva frecuencia, como en ese momento, se trataba

más bien de una maldición. El dolor de otro ser humano se había apoderado de ella. Había ocurrido algo espantoso y Brianna no podía sacudirse la imagen de aquel hombre moreno y guapo al que acababa de ver.

Temblando aún, apartó las mantas. ¿Le sucedía algo a Aidan?

Se quedó muy quieta, con la boca seca y el corazón acelerado. Había conocido a Aidan hacía exactamente un año. Allie, su mejor amiga, había desaparecido dos semanas y regresado brevemente a Nueva York, desde la Edad Media, con ayuda de Aidan.

Aidan era el hombre más bello que Brie había visto. Allie les había hablado del secreto de la Hermandad y de los hombres que pertenecían a ella, hombres que se hacían llamar los Maestros del Tiempo. Todos ellos juraban ante Dios defender a la humanidad del mal que acechaba de noche. Brie no se había sorprendido: que ella recordara, siempre había corrido el rumor de que existían tales guerreros. De hecho, al igual que Allie y sus primas, Tabby y Sam, se había entusiasmado al saber que los rumores eran ciertos.

Brianna no se hacía ilusiones en cuanto a sí misma. Aidan era absolutamente inolvidable, pero sabía que un hombre así jamás se fijaría en ella. Ni siquiera la recordaría. Y no se lo reprochaba. Ni siquiera le importaba.

Siempre se ponía ropa holgada para disimular sus curvas y jamás llevaba lentillas. Sus gafas eran muy feas. Sabía que si se cortara la oscura melena y se peinara con más estilo, si se vistiera a la moda y se maquillara, seguramente sería idéntica a su madre, Anna Rose.

Pero Brie no sentía ningún deseo de parecerse a su bella, apasionada y rebelde progenitora. Anna era una de las pocas mujeres de la familia Rose a la que no se había concedido ningún don. Era destructiva, no constructiva; su contacto y su belleza dañaban, en lugar de ayudar a los demás. Al final, había lastimado a quienes más amaba y

destruido no sólo a su propia familia, sino a sí misma. Brie no quería acordarse de cómo encontró a su madre muerta en el suelo de la cocina, asesinada a balazos por un novio celoso, ni de cómo vio a su padre llorar sobre el cadáver. Ser un ratón de biblioteca, apocada y solitaria, era mucho mejor que seguir los pasos de Anna.

Brie tenía, sin embargo, otras dotes que la hacían mucho menos torpe y desmañada de lo que parecía. Se le había concedido el don de la Visión. Era el mayor don que podía tener una Rose, y pasaba de abuelas a nietas. Al principio, sus visiones la habían llenado de temor, pero la abuela Sarah le explicó que la Visión era un regalo precioso, un don que había que cuidar como un tesoro. Era una inmensa riqueza, una riqueza destinada a ayudar a los demás, y a eso precisamente se dedicaban las Rose desde hacía cientos de años. La abuela Sarah le había enseñado casi todo lo que sabía sobre la vida, sobre el bien y el mal.

A esas alturas, Brie estaba casi acostumbrada a las triquiñuelas del destino. La vida no era fácil, ni justa, y todos los días morían buenas personas en plena juventud. No culpaba a Anna de sus pasiones incontrolables. Sabía que su madre no podía refrenarse. Estaba resentida con sus hermanas por sus dotes y sus vidas, y no se había conformado con un matrimonio corriente. Había sido una mujer infeliz. Egoísta, pero no cruel, ni malvada, desde luego. No merecía una muerte prematura.

Todo aquello, sin embargo, era agua pasada. Su padre había vuelto a casarse, y eso era lo mejor que podía haberle ocurrido. Anna estaba muerta y enterrada, pero no había caído en el olvido. Brie estaba decidida a ser tan firme, tan leal y fiable como no lo había sido su madre. Había consagrado su vida a ayudar a los demás desinteresadamente, quizá para compensar todo el dolor causado por Anna. Le encantaba su trabajo en el CAD, el Centro de Actividad Demoníaca, un organismo estatal secreto dedicado a la lucha contra el mal. Allí, sentada

delante de un ordenador, en el sótano, luchaba contra las fuerzas oscuras que operaban a través de los siglos.

Sus primas aseguraban que hacía todo lo posible por esconderse de los hombres. Y tenían razón. Lo último que quería era que un hombre se fijara en ella. Seguramente moriría virgen, y no le importaba.

Aidan no se había fijado en ella, estaba segura, pero ella se había enamorado a primera vista. Estaba irremediablemente enamorada. Pensaba en él todos los días, soñaba con él por las noches y hasta había pasado varias horas navegando por Internet, leyendo acerca de las Tierras Altas en la Edad Media. Las Rose procedían del norte de aquella región, así que siempre le había fascinado la historia de Escocia, pero confiaba, además, en averiguar algo más sobre él. Cuando devolvió a Allie a Nueva York desde el año 1430, Aidan parecía tener unos veinticinco años. Allie había regresado con su amante, Royce el Negro, al castillo de Carrick, en Morvern. Brie lamentaba no haber preguntado a su amiga por Aidan, pero su visita había sido muy breve. Así que seguía volviendo a la historia de Carrick, buscando alguna mención a un hombre llamado Aidan, pero era como buscar una aguja en un pajar. Había, en cambio, numerosas referencias al poderoso conde de Morvern y a su bella dama, la señora de Carrick. Brie estaba entusiasmada. Sabía que, a través del tiempo, Allie y Royce estaban cumpliendo su destino juntos.

Seguramente nunca averiguaría nada sobre Aidan, pero eso no impedía que siguiera prendada de él. Las fantasías eran inofensivas. Ni siquiera había intentado disuadirse. Si iba a enamorarse perdidamente, ¿por qué no hacerlo de un hombre absolutamente inalcanzable? Aidan, un highlander medieval con poderes para viajar en el tiempo y el mandato de proteger la Inocencia, era una apuesta segura.

Brie empezaba a sentirse angustiada. Una cosa era tener visiones y empatía, pero acababa de oír a Aidan gritar de

dolor, como si estuviera en la misma habitación que ella. ¿Hasta qué punto estaba cerca?

¿Qué le había sucedido?

Temiendo que estuviera en la ciudad y herido, Brie se levantó. Iba vestida con una sencilla camiseta rosa de tirantes y unos pantalones cortos. Estaban en pleno veranillo otoñal, y hasta de noche hacía bochorno. Cruzó el amplio *loft* en penumbra, encendiendo luces al pasar. Casi esperaba que Aidan estuviera allí, inconsciente entre las sombras, quizá, pero el *loft* estaba vacío.

Al llegar a la puerta de entrada, que tenía cerradura triple y diversas alarmas, miró por la mirilla. El pasillo también estaba iluminado y desierto.

Su casa estaba protegida por los encantamientos y las plegarias de Tabby, y ella llevaba una cruz celta que no se quitaba nunca. Había también, enmarcada y clavada a la puerta para mantener alejado el mal, una página del Libro que las mujeres de la familia Rose se habían transmitido de generación en generación. Pero, de todos modos, Brie rezó en silencio una oración a los dioses de antaño.

Sentía el mal muy cerca, surcando las calles y cebándose en todos aquellos lo bastante necios como para desafiar el toque de queda voluntario de Bloomberg. No quería pensar en los problemas de la ciudad. Tenía que encontrar a Aidan y asegurarse de que estaba bien. Tal vez Tabby y Sam pudieran dar sentido a todo aquello. La única persona, aparte de ellas, que podía tener alguna pista era su jefe, Nick Forrester, pero Brie no sabía si llamarlo. Procuraba mantener un perfil muy bajo en el CAD. Nick no sabía nada sobre sus dotes, ni sobre sus primas y sus actividades extracurriculares.

Tomó el teléfono, se acercó al ordenador y comenzó a introducirse en la inmensa base de datos de la UCH. La Unidad de Crímenes Históricos era una sección del CAD. Brie se pasaba el día (y a veces también la noche) revisando archivos policiales que se remontaban a

doscientos años atrás, en busca de coincidencias históricas. Su trabajo consistía en encontrar pautas concurrentes entre sus objetivos actuales y los demonios que operaban en el pasado. Era asombroso cuántos demonios de los que aterrorizaban al país en la actualidad provenían de siglos anteriores.

Dado que, para buscar coincidencias, debía revisar también casos todavía abiertos, Brie tenía acceso a investigaciones criminales en curso, incluidos los archivos de la policía de Nueva York y las autoridades estatales y federales. Mientras marcaba el número de sus primas, comenzó a buscar los informes más recientes de actividad criminal. Se imaginaba a Aidan herido en alguna calle oscura y sucia de la ciudad, pero sabía que sólo eran imaginaciones suyas, provocadas por el temor.

Contestó Tabby, con voz de estar profundamente dormida. Se había divorciado hacía un año largo. Le había costado mucho tiempo recuperarse de la infidelidad de su marido, y hacía poco tiempo que había vuelto a salir con un hombre. Pero era muy conservadora y Brie estaba segura de que estaría sola y durmiendo.

—Necesito vuestra ayuda —dijo rápidamente.

—¿Qué ocurre, Brie? —Tabby se espabiló de inmediato.

—Aidan tiene problemas. Y creo que está cerca.

Tabby se quedó callada y Brie notó que intentaba recordar quién era Aidan.

—¿Te refieres al highlander que trajo a Allie el año pasado?

—Sí —musitó Brie.

—¿No puede esperar hasta mañana? —preguntó Tabby.

Era peligroso merodear por las calles de la ciudad cuando oscurecía.

—Creo que no —dijo Brie, muy seria—. No era una visión, Tabby. He sentido su dolor. Tiene problemas. Ahora mismo.

Tabby se quedó callada y Brie oyó a Sam al fondo, preguntando qué pasaba. Las hermanas compartían un *loft*

a unas manzanas de allí.

—En seguida vamos —dijo Tabby.

Brie colgó, se puso unos vaqueros y se sentó a repasar los casos que había encontrado. Estaba inmersa en los archivos cuando, veinte minutos después, sonó el timbre. No había descubierto nada y se dijo que debía alegrarse. No quería encontrar una víctima de asesinato cuya descripción coincidiera con Aidan. De todos modos, que ella supiera, Aidan era inmortal. Eso esperaba, al menos.

Quizá lo peor hubiera pasado, pensó mientras iba a abrir a las chicas. Quizás Aidan había regresado al pasado al que pertenecía.

Tabby entró primero, una rubia esbelta con pantalones de vestir y una camiseta de seda, que siempre parecía ir de camino al club de campo o volver de él. Nadie habría adivinado al verla que Tabby era una madre tierra. Sam la siguió, asombrosamente guapa incluso con el cabello rubio platino muy corto, y un cuerpo como el de Lara Croft, de *Tomb Raider*. Brie la admiraba enormemente por ser tan osada y tan abierta respecto a su sexualidad. Sabía que su prima llevaba la mochila llena de armas y un puñal sujeto con una banda al muslo, debajo de la minifalda vaquera.

Tabby echó un vistazo a Brie y corrió a abrazarla.

—¡Qué preocupada estás!

Sam cerró la puerta con llave.

—¿Has encontrado algo? —preguntó, señalando el ordenador con la cabeza.

—Es probable que haya vuelto a su época —respondió Brie. Se humedeció los labios, consciente de que su desilusión era absurda.

—Te veo muy entusiasmada —comentó Sam con ironía mientras se acercaba al ordenador—. No creo que sea fácil herir a un hombre como ése.

—Creo que lo estaban torturando. Nunca he sentido tanto dolor —dijo Brie.

Sam no levantó la vista de la pantalla; estaba revisando archivos que no tenía derecho a mirar. Tabby rodeó a Brie con el brazo.

—Estás muy pálida. ¿Te encuentras bien?

—Sobreviviré —contestó Brie con una sonrisa forzada.

—¿Estás segura de que era Aidan? —preguntó Tabby innecesariamente cuando Sam se sentó a la mesa. Miró el cartel de la película *Los inmortales*, que Brie había enmarcado y colgado de la pared del cuarto de estar, y sus ojos ambarinos se entornaron.

—Al cien por cien, lo vi con toda claridad. No era una visión, pero tampoco era una fantasía. No puedo sentir empatía a través del tiempo, ni oír a alguien gritar desde muy lejos. Estaba aquí, muy cerca. Y sufría. Sufría muchísimo —Brie tembló; de nuevo se sentía enferma.

—Si está en la ciudad y se encuentra herido, daremos con él —dijo Sam con firmeza.

Brie se sintió reconfortada. Sam siempre conseguía lo que quería.

—¿Cuándo colgaste ese cartel? —preguntó Tabby.

Brie parpadeó.

—No me acuerdo —mintió, sonrojándose.

Tabby se quedó mirándola. Luego avanzó hacia la zona de estar.

—Bueno, parece que vamos a estar en pie toda la noche —dijo alegremente—. Son casi las tres de la mañana y no creo que esta noche vayamos a volver a la cama —comenzó a extender los cristales de su madre sobre la mesa baja.

Y aquel rugido de angustia comenzó de nuevo, ensordeciendo a Brie. Sofocó un grito, asombrada por el aullido de rabia. Se llevó automáticamente las manos a los oídos. El dolor de Aidan la hizo caer al suelo, donde se encogió, aplastada por el sufrimiento, consumida por él, atrapada en él. Esa vez, la sensación era insoportable.

«Dios mío, ¿qué le está pasando a Aidan? ¿Está siendo torturado?».

—¡Brie! —gritó Tabby.

Notó vagamente que Tabby la abrazaba, pero no le importó. Sabía que alguien estaba arrancándole el corazón a Aidan. Y a ella. Lloró en brazos de Tabby, y todo comenzó a darle vueltas vertiginosamente.

«Aidan», pensó. Aidan estaba muriendo torturado, y ella también.

Nick Forrester estaba sentado delante de su ordenador, en su cuarto de estar a oscuras, vestido sólo con unos pantalones vaqueros. Se había olvidado por completo de la rubia de largas piernas que yacía dormida en su cama. De hecho, ni siquiera recordaba su nombre. Había ligado con ella frente a una tienda de coreanos, y era posible que nunca hubiera sabido cómo se llamaba. Era tarde, pero Nick no necesitaba muchas horas de sueño, sobre todo después de un largo encuentro sexual, que siempre lo llenaba de energía. El sexo lo revitalizaba.

Estaba trabajando otra vez. Las quemas de «brujas» estaban en alza en la ciudad. Sus últimos informes de inteligencia indicaban que Bloomberg estaba pensando seriamente en recurrir a la Guardia Nacional, y en su opinión ya iba siendo hora. Los crímenes de placer seguían dominando la tasa de delincuencia, pero esos actos demoníacos, cometidos al azar, eran casi inevitables. Como la inmolación de hombres-bomba. La quema de «brujas» era otra historia. Nick sabía visceralmente que el jefe de la banda que llevaba a cabo aquellos crímenes medievales era un gran demonio procedente del pasado. Y sus intuiciones siempre daban en el clavo.

Ahora estaba inmerso en la historia medieval, buscando cualquier referencia a tales quemas en tiempos pretéritos. La UCH tenía programas especializados en la búsqueda de datos coincidentes, pero Nick no se fiaba de ellos, ni se fiaría nunca. El programa no era tan sofisticado: sólo

cotejaba palabras y frases. La quema aislada de un hereje, de un traidor o una bruja no le interesaba, como no le interesaba la quema de la casa de un campesino o la del castillo de un noble del siglo XIII. Buscaba una serie de crímenes violentos cometidos posiblemente por un grupo de adolescentes y dirigidos por una sola persona extremadamente inteligente.

Su teléfono móvil vibró.

Nick descolgó a la primera llamada. Una mujer a la que no conocía dijo:

—Brie Rose necesita atención médica inmediata.

—¿Quién diablos eres tú? —preguntó, alerta pero enfadado por su tono imperioso. También desconfiaba: aquella mujer podía ser una loca o algo peor.

—Su prima, Sam Rose. Si no quieres que vaya al hospital, más vale que mandes a tu gente. Date prisa. Puede que se esté muriendo —la llamada se cortó.

Nick marcó automáticamente el número de su equipo médico mientras abría el expediente de Brie Rose. Treinta segundos después había mandado a su equipo médico al *loft* de Brie y se estaba poniendo la camisa. Luego recogió su Beretta, las llaves del coche y los zapatos. Sin hacer caso de la rubia dormida, salió del piso y se puso los zapatos en el ascensor. Un minuto después emergía a toda velocidad del garaje subterráneo del edificio en su deportivo negro. Ocho minutos más tarde saltó del vehículo. Delante del edificio de Brie había ya una ambulancia con la leyenda *Cornell Presbyterian*. La ambulancia pertenecía al CAD, pero no llevaba distintivos.

Mientras subía con los paramédicos, comenzó a sentir los forcejeos de Brie. La sentía luchando por su vida, y sentía su miedo a morir. Alarmado, recorrió el perímetro con la mirada, pero no sintió ninguna presencia maligna. No lograba distinguir qué la había puesto al borde de la muerte.

Una rubia muy guapa, que parecía una estrella del rock, salió a recibirlo a la puerta. Nick sintió su poder y en seguida comprendió que era una guerra vigilante. Al mirar más allá vio a Brie inconsciente en el suelo, en brazos de otra mujer muy bella. Aquélla también tenía poder, pero no era el poder de un Asesino. Nick no tuvo tiempo de intentar identificarlo.

Sabía que se comentaba de él que era frío e indiferente, pero no era cierto. Había elegido personalmente a todos los empleados de la UCH y los consideraba responsabilidad suya, sobre todo a la tímida Brie. Incluso le tenía cariño... y no porque fuera brillante. Sentía lástima por ella. Era una ermitaña sin vida aparte del trabajo. Nick había percibido sus poderes antes de contratarla. Había tardado un momento en comprender de qué clase eran, pero podía leer el pensamiento cuando quería y no tenía escrúpulos al respecto, si lo hacía en acto de servicio. No esperaba que Brie se sincerara con él. Sabía que ella se servía a menudo de sus extrañas percepciones en los casos que le enviaba, y con eso le bastaba.

Mientras los médicos iban a tomarle las constantes vitales, Nick dijo muy serio:

—¿Qué ha pasado?

La mujer que abrazaba a Brie lo miró. Nick sintió que su curiosidad crecía. Aquella mujer era la elegancia y la belleza personificadas. Ella contestó con aspereza:

—Brie es capaz de empatía y alguien a quien conocemos estaba siendo torturado. Ella ha sentido todo lo que le hacían. Está sufriendo.

—No me digas —Nick desconfiaba. Aquellas mujeres eran extrañas. ¿Qué sabían? Y los vigilantes siempre interferían con sus investigaciones. Miró su reloj. Eran las 3:24 de la madrugada—. ¿Cuándo empezó?

—Hace ocho minutos —contestó la rubia espectacular. Nick supo por su voz que era Sam Rose.

—Frank... —dijo Nick.

—Tiene el pulso débil y la tensión muy baja —contestó el médico mientras administraba oxígeno a Brie.

Brie parpadeó. Nick se arrodilló a su lado, sonriendo.

—Hola, pequeña. Nosotros cuidaremos de ti. Háblame de tu amigo.

Ella gimió débilmente.

—Creo que lo están matando poco a poco, Nick —comenzó a llorar—. Por favor, ayúdalo. Es de los nuestros.

Nick se quedó mirándola mientras se introducía en sus pensamientos. Sus ojos se agrandaron. ¿Brie conocía a un guerrero de las Tierras Altas? ¿Era su amigo? Sus agentes llevaban mucho tiempo intentando reclutar a un Maestro.

—Tuvo un episodio antes —dijo Sam con voz tirante—. Por eso nos llamó.

Nick se quedó pensando.

—¿Qué sabéis del highlander?

Sam era buena, eso tenía que reconocerlo. Sus ojos no se agrandaron ni siquiera un poco.

—Estoy preocupada —dijo—. Si esa persona está siendo torturada, puede que Brie vuelva a pasar por esto cuando sigan torturándolo.

—No podrá soportarlo —sollozó la otra rubia—. Nunca la había visto así.

—Llevala a Cinco —dijo Nick. Por ser una agencia secreta, el CAD disponía de sus propias instalaciones médicas, conocidas simplemente como «Cinco». Pero mientras Brie era colocada en una camilla, Nick se llevó aparte a Frank—: ¿Podría matarla una reacción de empatía extrema?

—No lo sé.

—¿No será preferible mantenerla sedada hasta que podamos eliminar la fuente de la reacción empática? —al ver que Frank asentía con la cabeza, Nick dijo—: Hazlo.

La rubia que había abrazado a Brie dijo:

—Voy con ella.